

La lucha contra el SIDA

Al igual que otros países, Chile enfrenta una nueva epidemia. El SIDA crece en nuestro país con un ritmo relativamente rápido (40 por ciento anual) y ya hay, según las cifras oficiales, 740 personas enfermas, lo que representa una proporción de cinco casos por cien mil habitantes. La mayor parte de los enfermos son jóvenes: el 30 por ciento tiene entre 20 y 29 años, y el 85 por ciento entre 20 y 49 años. Al



comenzar la epidemia, había 20 enfermos hombres por cada enferma mujer; pero el número de enfermas ha aumentado hasta llegar a la relación actual de trece enfermos por cada enferma. Una proyección simple permite prever que a fines de la década podríamos haber acumulado 17 mil enfermos de SIDA.

Las consecuencias sociales, económicas y culturales de la epidemia son múltiples, pero vale la pena destacar que, aparte de truncar las expectativas de numerosos jóvenes y adultos, el mal nos resta en general todos los aportes (creativos, afectivos, productivos) que esas personas hubieran podido hacer. Significa asimismo una merma de la fuerza laboral, y genera gastos que ya comienzan a gravitar en el precario sistema de salud que tenemos. Los que viven con el virus deben controlarse periódicamente y recibir tratamientos para evitar las infecciones y reducir el ritmo de reproducción del virus, todo lo cual tiene un elevado costo. Por otra parte, pese a sus resultados prometedores, estos tratamientos distan mucho de ser una verdadera cura de la enfermedad.

De ese modo, por el momento sólo podemos enfrentar la epidemia evitando la infección, por lo que conviene saber cuáles son los mecanismos de transmisión del virus y las formas de evitar el contagio.

Siguiendo su tradición de salud pública, en Chile se ha enfrentado el problema sensibilizando e informando a la población acerca de los diversos aspectos que envuelve el problema. Esa labor (en que han estado empeñados el gobierno y otros sectores), unida al compro-

miso de cada cual de llevar una vida sexual segura y protegida, nos permitirán posiblemente llegar a fines de siglo sin los 17 mil casos a que aludíamos antes.

Ha comenzado a emitirse por la TV una nueva campaña sobre el SIDA, que viene a prolongar la que se inició hace un año y medio. Creemos que esta nueva campaña marcha en la dirección correcta, porque para detener la epidemia debemos ciertamente conocer en qué consiste el virus y el síndrome de inmuno deficiencia, pero mucho más importante aún es saber cómo se transmite, como se evita y, también, saber en qué sentido las personas infectadas con VIH no representan un peligro para el resto de la población. La campaña cumple esos fines: necesitamos estar informados para luego incorporar el contenido de esa información a nuestros hábitos cotidianos.

Sabemos que no es fácil hacer llegar esa información a la comunidad, y eso es precisamente lo que hace tan valiosos e indispensables los esfuerzos que despliegan la Iglesia Católica, los medios de comunicación, las organizaciones sociales y comunitarias, y el propio Estado.

Es notable que en un lapso tan breve el país haya podido avanzar tanto en lo que se refiere a conversar e informarse sobre el SIDA. Se trata de un camino que no debemos abandonar: por el contrario, para detener la epidemia, es preciso que lo amplíemos y extendamos, porque en Chile no hay nadie sobrante.

*Médico, miembro del Consejo de Redacción de LA NACION.

La universidad y "Los de Abajo"

En homenaje al alma mater que me albergó en mis años de estudiante, soy hinchista de la "U". Durante años fui al fútbol, alegrándome de los triunfos y sufriendo con las derrotas de la escuadra azul. Y en esas tardes de estadio me sentía acompañado por mis pares profesionales, que desahogaban las tensiones acumuladas en la semana aplaudiendo los goles, gritándole al árbitro, abucheando a los rivales.

Dejé de ir al fútbol durante largo tiempo, y cuando quise volver a vivir las vicisitudes del hinchista, me encontré con un escenario completamente diferente del que había dejado. El lugar reservado para los socios de la "U" ya no estaba ocupado como antes por profesores y estudiantes universitarios, sino por una masa de descamisados agresivos y vociferantes.

Eran "Los de Abajo", que habían convertido al club de mis amores en el equipo más popular y con mayor capacidad de convocatoria del país.

Traté de explicarme por qué esa gente, aparentemente sin mayor instrucción en su mayoría, había adherido en forma tan entusiasta a la "U" y no al Colo Colo o a otro club de raigambre popular. Lo único que pude deducir es que ellos, como casi todos los chilenos, soñaron con ingresar a la universidad y, al no conseguirlo, sublimaron esa necesidad adhiriendo en cuerpo y alma a la "U".

Esa es una pobre solución para las ansias universitarias de la gente que no dispone de medios económicos. Pero para aquellos cuyas familias pueden solventar los onerosos gastos de matrícula y de mensualidades, está la solución que les ofrece hoy el amplio abanico de establecimientos que se hacen llamar universidades o institutos profesionales.

A mi entender ambas soluciones son igualmente frustrantes.

No ha habido necesidad de un estudio de mercado para llegar a la conclusión de que la educación superior es un gran negocio. Pero se habría necesitado ese estudio para determinar cuáles eran las profesiones y actividades en que el país era deficitario, a fin de impulsar la promoción de personas capacitadas para ejercerlas.

Si tal estudio no se realizó es porque su resultado se conocía de antemano. Esas profesiones requerían infraestructura y tecnología. Es decir, eran caras, o sea,

un mal negocio.

Hoy suman miles -contados en conjunto- los estudiantes de actividades y profesiones baratas como son teatro, periodismo y comunicación audiovisual, y el destino seguro para la mayoría de esos estudiantes es que, una vez graduados, no encuentren espacios donde aplicar lo que aprendieron.

Esta perspectiva tan poco halagüeña me trae a la memoria algo que me sucedió en un reciente viaje a los EE.UU. Me encontraba en una tienda de ropa en Nueva York y era atendido por un joven que parecía inteligente y despierto. Como yo dije algo que delató mi nacionalidad, el vendedor me hizo una pregunta sobre política chilena. La pregunta me sorprendió, pues de ella se desprendía que el hombre estaba bien informado. Se lo dije y me contestó con sencillez que tenía un doctorado en ciencias políticas. Mi pregunta fue la obvia: ¿Qué hacía un doctor en ciencias políticas como dependiente de una tienda?

"De algo hay que vivir", me contestó, y ante mi expresión de asombro agregó: "Somos muchos los graduados universitarios en este país que estamos atendiendo mesas, vendiendo ropa, hot dogs o lo que sea".

Mucho me temo que éste también sea el destino de los graduados de este boom educacional que estamos viviendo.

Tal vez sean más juiciosos y pragmáticos aquellos que, rechazados por las universidades tradicionales, se dedican desde ya a un trabajo digno y calman sus ambiciones universitarias incorporándose a la barra de "Los de Abajo" de la "U".

Al menos, ellos están adelantando en su trayectoria laboral y lo pasan bien los domingos. Siempre que gane la "U", por supuesto.

* Dramaturgo.



Borrón y cuenta nueva

Considero que la fórmula que propone el senador Valdés para poner término a los juicios por violación de los derechos humanos constituye una utopía, a no ser que lo que se desee es hacer borrón y cuenta nueva, lo que sería totalmente inaceptable e inmoral.

Pienso que si deseamos solucionar este problema tenemos que empezar por pedir la colaboración de las personas que, como dijo el ministro Cumplido, saben lo que ocurrió y saben dónde están los detenidos desaparecidos, sin fijar plazo para poner término

PALABRA DE

LECTOR

a los juicios, que siguen abiertos precisamente porque esa gente no ha colaborado.

Si no se atreven a decir la verdad ante un juez, que lo hagan en secreto de confesión, ante un sacerdote, y así quedarán en paz con Dios y con su conciencia, y ayudarán en algo a mitigar el dolor de sus hermanos.

Carmen Castillo
SANTIAGO

Cuentas de luz y agua

Hace unos días una amiga me contaba que fue a Chilectra para ver de qué manera podía hacer para pagar una cuenta pareja de luz durante todo el año, en vez de pagar poco en verano y tanto en invierno. Le respondieron que lo que tenía que hacer era consumir lo más que pudiera en verano: usar la secadora, dejar las luces prendidas, con el voltaje más alto posible, en fin, gastar más kilowatts que los que normalmente se utilizan en verano. De esa manera, le dijeron, le van a autorizar un promedio de kilowatts más alto y no tendrá que pagar las exorbitantes cantidades que paga ahora en invierno

por sobrepasar su promedio.

¡Increíble! Nos están obligando a consumir más energía. Lo mismo sucede con el agua. La gente que tiene piscina, tiene que consumir agua como si usara la piscina en invierno o regar el jardín como si fuera verano. Si sobrepasan el promedio de consumo en verano, les salen cuentas millonarias. Por lo tanto, a consumir igual cantidad de agua en invierno que en verano.

¿No es esto propio de un país que ha enloquecido colectivamente? Esto se está haciendo desde hace años. Nos están obligando a derrochar un bien tan preciado y cada vez más escaso como el agua. También nos

obligan a consumir más energía eléctrica. Es como para preguntarse qué intereses hay detrás de esta política desquiciada. ¿Será que de esa manera se justifica, con el argumento de que necesitamos más energía para tener más desarrollo, la construcción de represas que significan grandes ganancias para algunas empresas?

Por un lado, públicamente se dice que hay que crear conciencia para cuidar los recursos naturales, mientras por otro lado y por debajo se fomenta el consumo excesivo. ¿En qué quedamos?

Liliana Vega
C.L. 4.109.196-6
SANTIAGO